

PROCLAMA – UN SOLO URUGUAY

23 de enero de 2026

Hace ocho años nos unió la realidad. Hoy, esa realidad nos exige dejar de diagnosticar y empezar a resolver.

No estamos aquí para repetir que las cosas están mal, sino para señalar qué es lo que nos frena y qué cambios son urgentes para que el Uruguay del trabajo sea viable.

El problema central no es la falta de voluntad, sino la pérdida sistemática de competitividad.

Uruguay sigue siendo un país caro para invertir y para vivir.

Seguimos pagando tarifas que no reflejan eficiencia, sino necesidades de caja del Estado.

Producir en Uruguay cuesta más que en cualquier país vecino, y eso nos saca de los mercados.

A la vez, los costos de la energía impactan tanto en las cuentas de los hogares como en cada

bien que consumimos, incrementando el costo de vida y empujando a más uruguayos a la pobreza.

La brecha entre los costos internos y el valor de nuestra producción en el mundo está asfixiando

la rentabilidad de la exportación y del comercio local. Vivimos en una economía indexada, donde

casi todo sube al ritmo del Estado,
mientras el productor, el comerciante y el
exportador quedan
atrapados entre precios internacionales
que no controlan y costos internos que no
paran de
crecer.

En este contexto, conflictos mal
encauzados y posturas inflexibles han
generado consecuencias
graves: se ha tirado leche, se ha dejado de
faenar, se han paralizado puertos y se ha
desconectado al país del mundo. El
resultado es siempre el mismo: empresas
que cierran,
empleos que se pierden y un Uruguay que
queda rehén de enfrentamientos que no
conducen a
soluciones.

En ese sentido, en 2025 hubo un sector que dio un ejemplo histórico al país.

La pesca, una industria que atravesó una crisis profunda, logró revertir una situación límite

gracias a la unión de trabajadores, empleadores y sociedad en general. Se demostró que

cuando prima el diálogo, la responsabilidad y la voluntad de trabajar, es posible salir adelante.

Ese es el camino que otros sectores productivos deberán recorrer si quieren sobrevivir: hacer, y hacerlo juntos.

No pedimos que el Estado desaparezca. Pedimos que sea eficiente.

Que cumpla con sus funciones básicas y que deje de hacer todo aquello que no le corresponde

y que termina entorpeciendo la producción y la vida diaria de los uruguayos.

Una de esas funciones básicas, hoy claramente incumplida, es garantizar la seguridad ciudadana. Mientras la delincuencia actúa con impunidad en campos y ciudades, el ciudadano que cumple la ley vive acosado por impuestos, multas y miedo.

El déficit fiscal no se combate con más presión tributaria sobre el sector privado, sino con eficiencia. Necesitamos una reforma profunda que reduzca el costo de la estructura política y administrativa del Estado.

Cada trámite innecesario, cada permiso

absurdo y cada regulación obsoleta son impuestos invisibles que le quitan tiempo al que trabaja y frenan la innovación del que emprende.

El Uruguay se está apagando porque no existen condiciones para que los jóvenes se queden en sus pueblos, o siquiera en su país. Hoy vemos incluso cómo inmigrantes que eligieron Uruguay deciden irse. Eso es una señal grave, que no podemos seguir ignorando.

Y en ese deterioro del futuro hay una preocupación central que debemos asumir como país:
la educación.

No hay desarrollo posible si nuestros

gurises abandonan el sistema educativo. No hay igualdad de oportunidades sin educación de calidad. No hay seguridad duradera si generaciones enteras crecen sin herramientas para integrarse al trabajo y a la sociedad.

La educación es la principal política social, la principal política de seguridad y la principal política productiva de un país.

Cada joven que queda afuera de la educación es un fracaso colectivo y una oportunidad perdida para el Uruguay que viene. Defender la educación no es una consigna ideológica: es una responsabilidad nacional con las próximas generaciones y con el país en su conjunto.

Necesitamos rutas, puentes y conectividad digital que integren de verdad al interior profundo con los centros de consumo y salida al mundo. Necesitamos que el presupuesto se traduzca en servicios de salud y educación de calidad en todo el territorio, y no solo en oficinas concentradas en la capital.

Reafirmamos que no queremos privilegios.

Reglas de juego claras, porque no se pueden cambiar las condiciones impositivas o laborales a mitad de camino. La inversión necesita previsibilidad a largo plazo.

Seguridad, porque el trabajo y la propiedad

deben ser protegidos. Sin seguridad jurídica ni física, no hay inversión posible.

Vinimos a proponer un compromiso nacional para bajar el costo país de forma estructural. No es un tema de partidos: es un tema de supervivencia nacional.

El país es uno solo. Pero para que tenga futuro, el esfuerzo de sostenerlo debe repartirse con justicia.

El sector público debe ajustarse con la misma rigurosidad con la que el sector privado ajusta sus cuentas todos los meses.

Por eso, le vamos a preguntar a cada

legislador, a cada representante del pueblo y a cada ministro qué está haciendo y qué va a hacer para aflojarle la cincha al Uruguay que trabaja. Y vamos a hacer públicas sus respuestas — o sus silencios.

Desde el movimiento Un Solo Uruguay expresamos nuestra solidaridad con las familias del medio rural que hoy ven amenazada su forma de vida por decisiones políticas que no contemplan la realidad del territorio.

No se puede construir futuro castigando a quienes viven y trabajan en el campo. Y mucho menos se resuelve el problema del agua con medidas injustas, improvisadas y

alejadas de soluciones serias y sostenibles para el país.

Gracias a todos los que hoy están aquí y a quienes, desde distintos puntos del país, siguen acompañando y creyendo en Un Solo Uruguay.

Este movimiento se sostiene por la convicción, el esfuerzo y el compromiso de ciudadanos que no bajan los brazos y siguen apostando por el Uruguay del trabajo.